

# Historia de la comunicación como oficio

## Apuntes sobre teoría y método

### BÚSQUEDA DE PARADIGMAS PARA EL OFICIO DE LA HISTORIA

Creo, como Fernando Mires<sup>1</sup>, que las verdaderas “revoluciones” son silenciosas. Ocurren sin que se haya podido teorizar previamente sobre ellas. Sólo cuando nos percatamos de los cambios estructurales resultantes y de las sustanciales transformaciones mentales que ocasionan, se les adjudica el sustantivo *revolución*. Un título que suele otorgarlo el campo de la historia, incluida como disciplina en el *hall* de las ciencias. Formalizada la ciencia en la segunda mitad del siglo XIX, comienza a estructurarse el imaginario de vivir una gigantesca revolución, tributaria de la suma de varias revoluciones particulares, en marcha desde fines del siglo XVIII. El campo del pensamiento histórico tiene mucha responsabilidad en ello.

El pensamiento científico ya había mostrado considerables destellos en épocas precedentes. Pero fue gracias a su encuentro con la experiencia empí-

rica, que la relación directa entre el conocimiento científico y la práctica tecnológica se fundieron en un mismo estatus. Este matrimonio se contrae con el desarrollo de la electricidad<sup>2</sup>. El impacto de este evento nupcial sobre los escenarios socioculturales fue tan contundente, que desde entonces la noción de *progreso* jamás se separó de todo pensamiento científico y social que se considerase de avanzada o de vanguardia. La idea fuerza de progreso se encontraba inevitablemente atada al término revolución, con todo el vigor de su optimismo y arrogancia juvenil. Ahora, ese optimismo y arrogancia están en crisis, lo llamamos “crisis de paradigma”, y el oficio de la historia no es inmune a esa crisis.

El costo de adoptar la noción de progreso y revolución implicaba renunciar a la idea de estabilidad y tradición, de la certeza y la seguridad de una era anterior, caracterizada por sus muy lentos cambios. Fue un alto costo. Las élites del pensamiento científico moderno encontraron dura resistencia en el resto del tejido social. Importantes porciones del conjunto social se negaban a aceptar sin más lo inevitable de los cambios, y en consecuencia, asumir la incertidumbre que ello implicaba, con la única garantía de una abstracta promesa de futuro promisorio. La agria reacción contra las máquinas inventadas a fines del siglo XVII, la persistencia de las tradiciones monárquicas autoritarias y totalitarias aún vigentes, las actuales protestas de “antiglobalización”, el resurgimiento de los

\* Licenciado en Historia, con maestría en Historia de Venezuela y candidato a Doctor en Historia de la Facultad de Humanidades, en la Universidad Central de Venezuela. Investigador y docente de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, en el Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO), y en las escuelas de Artes, Comunicación Social y Sociología de la misma universidad. Correo Electrónico: [herrerab@camelot.recl.ucv.ve](mailto:herrerab@camelot.recl.ucv.ve)

1 Fernando Mires. *Las revoluciones que nadie soñó. O la otra modernidad*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1996.

2 Bernardino Herrera. *La expansión telegráfica en Venezuela*, Fondo Editorial del Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación, Caracas, 2001.

fundamentalismos religiosos que se resisten al modo de vida de la sociedad moderna, las nuevas modalidades de guerra terrorista contra la avanzada occidental, entre muchos otros, son ejemplos de respuestas sociales del pasado y el presente contra la oferta de cambio permanente que propone la ciencia a través de la locomotora de la Revolución Industrial y contra los ajustes éticos que han debido producirse tras las revoluciones políticas impulsadas por el paradigma republicano-liberal, iniciadas por la Revolución de Independencia norteamericana y por la Revolución Francesa.

Es una paradoja difícil de entender. La ciencia (humana y fáctica) y la tecnología han proporcionado toda la base material que disfrutaban las sociedades modernas. Han posibilitado sociedades más abiertas e instalado derechos universales como la democracia y los derechos del hombre. Han aumentado el bienestar en salud y las expectativas de vida y multiplicado el acceso a innumerables bienes y servicios haciéndolos accesibles a un rango impensable de personas antes marginadas por siglos. La ciencia y la tecnología han cumplido con estos y muchos otros importantes avances de la civilización humana, pero no han podido acabar con los problemas constantes de la historia: violencia cotidiana, guerras, pobreza, destrucción del hábitat, etc. Aún no, diría un optimista. Me cuento. Jamás, diría un pesimista. No los paro de contar.

Creo que una opción para responder a esta paradoja puede ser la de reconocer el error y la arrogancia científica de prometer un extremo paradisíaco al otro lado de la línea de la historia. Mires se refiere a estas grandes doctrinas como *revoluciones soñadas*. La era del comunismo no llegó, según lo prometía el marxismo, la era de los ciudadanos prósperos y del imperio de la ley no acaba de instalarse, según la quimera liberal, y este no puede ser el “fin de la historia” de pensadores neopositivistas como Fukujama. A la historia la envilece este *historicismo* en la versión popperiana del concepto, que imponía a la ciencia predecir hacia dónde conducía cada

uno de sus descubrimientos y aplicaciones, o lo que es lo mismo, a construir una idea planificada de progreso. En esa trampa conceptual cayeron la mayor parte de las teorías de la historia, tal como lo expone crudamente Hayden White<sup>3</sup>.

La “crisis de paradigma” dentro del campo de la historia puede metaforizarse como la “crisis de las promesas incumplidas”, lo cual ha debilitado el campo de las poderosas teorías omniexplicativas de la historia. Esta crisis cede espacio a nuevas, viejas y múltiples opciones paradigmáticas en el campo de la historia. En consecuencia, los riesgos son muchos. Ha regresado la vieja noción de liberalismo caracterizada por su casi completa despreocupación por el futuro. El progreso es el presente, el futuro la muerte, ya lo decía Keynes. Aparecen también viejos y cómodos hedonismos teóricos, trajeados con

ropas nuevas y autoproclamados como postmodernistas, y para quienes ya no existen “Bastillas que asaltar”, cuestionando todo sistema racional sin proponer sólidos sustitutos; nihilismo en toda forma. Además, reaparecen también nuevos ánimos para alimentar las promesas de revolución ya

propuestas, ya soñadas; son los nuevos bríos de los fundamentalismos que se nutren especialmente en épocas de debilidad de las teorías científicas, sobre todo las de las ciencias humanas.

Estos ejemplos describen el escenario más notable de nuestro momento histórico. Ocurre la crítica a la racionalidad moderna nacida con la Ilustración y consolidada por el matrimonio de la ciencia y la tecnología. Alejados del nihilismo posmodernista y de las teorías terminalistas, se están abriendo posibilidades de construir otros enfoques teóricos de la historia, descargados de la responsabilidad de predecir el futuro, pero sin renunciar a la opción de proponer tendencias y escenarios posibles. Una perspectiva que busca capacidad para comprender el carácter “contingente” de

**Alejados del nihilismo posmodernista y de las teorías terminalistas, se están abriendo posibilidades de construir otros enfoques teóricos de la historia, descargados de la responsabilidad de predecir el futuro, pero sin renunciar a la opción de proponer tendencias y escenarios posibles.**

<sup>3</sup> Hayden White. *Metahistoria. La imaginación histórica del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

la realidad, entendiéndolo por “contingencia” los efectos no deseados de un sistema. De este modo, los eventos novedosos, potenciales motores de cambio, forman parte de un sistema complejo, que no funciona como una gran maquinaria de relojería, imposible de predecir mecánicamente y donde se renuncia, definitivamente, a la idea de un “destino” inexorable hacia un ideal determinado. La ciencia, ahora más modesta y cuidadosa con lo que dice y promete, apenas ofrece un rango de orden sobre una realidad que poco conocemos, y que aumenta su complejidad en la medida en que se agregan más y más vectores de cambio y reacción en el sistema.

Por otra parte, la humanidad, organizada de muy diversas formas, manifiesta una constante aversión histórica a los cambios, sobre todo aquéllos que alteran sus dosis básicas de certidumbre. La mayor o menor disposición al cambio dependerá del grado de confianza que posean sus individuos, hacia el conjunto de creencias, valores, idealidad del mundo consensual. Estas creencias y valores, como propone Douglass North<sup>4</sup>, refieren al concepto más elemental de *ideología*.

En consecuencia, de acuerdo con el grado de mayor o menor resistencia al cambio, variará la velocidad con que las distintas experiencias sociales adoptarán o incorporarán los nuevos modelos mentales contenidos en dichos cambios. De la suma de éstos se obtiene una revolución, y esto depende, en suma, de la red comunicacional disponible por la sociedad. El enfoque explica y toma los argumentos de la paradoja histórico-antropológico que plantea Levy-Strauss, para quien ninguna comunidad humana puede llamarse primitiva, por la sencilla razón de que todos los grupos humanos tienen la misma edad sobre el planeta. Pero ocurre, repite insistentemente Levy-Strauss a lo largo de toda su vasta obra, que estas comunidades defienden tozudamente su sistema sociocultural, sobre todo si éste ha logrado crear eficientes formas de equilibrio y estabilidad para garantizar la vida, generando mecanismos de resistencia al cambio. Porque cambio equivale al *caos*<sup>5</sup>.

Para conservar intacta una comunidad, además de eficientes y sólidos sistemas de cosmovisión del mundo, es necesario un grado de “aislamiento” respecto de factores externos, que mantengan prote-

gida a la ideología prevaleciente de otras ideologías rivales competidoras o de vectores fácticos externos, como el contacto bélico o pacífico con otras civilizaciones, o simplemente, “conocer” alguna idea, cualquier tecnología, o la más sencilla referencia de otro procedimiento más expedito que el conocido, etc.

Por ello, Levy-Strauss negaba, con razón, la idea de “comunidades primitivas”, porque los grupos humanos que se mantienen “primitivos” se abstuvieron de entrar en nuestra concepción dominante de la historia. No porque los británicos, para citar el caso de la otrora potencia industrial del mundo, mantengan a estas alturas del siglo XXI instituciones y símbolos monárquicos, se les puede acusar de “medievales”. A ellos les funciona la monarquía compartida con estructuras de orden republicano. Las instituciones eficientes difícilmente son sustituidas. El cambio es más probable cuando las instituciones colapsan y dejan de ser útiles. Cambio social equivale a sustitución de instituciones sociales por otras nuevas, lo cual conlleva un alto costo en incertidumbre. Es por ello que una teoría del cambio y del no-cambio histórico requiere comprender cómo el hombre, en determinado momento histórico, comprendía su tiempo. Y eso sólo es posible incorporando a esa teoría del cambio y del no-cambio una buena dosis de historia de la comunicación.

## LA LÍNEA DE LA HISTORIA DE LA COMUNICACIÓN

La ideología habita en el lenguaje mediante complejos sistemas de símbolos. Aceptemos el paradigma del interaccionismo simbólico. Los principales resortes de este sistema de símbolos son las tradiciones, que a su vez son ideas-fuerzas que asedian

4 Douglass North. *Estructura y cambio en la historia económica*, Alianza Editorial, Caracas, 1984.

5 Entiéndase caos como realidad “no comprendida”, debido sobre todo a la incapacidad de nuestros modelos explicativos para ofrecer un orden racional (sea científico, sea religioso o mítico) a los eventos excepcionales o vistos como “anormales”. Así, una contingencia es una expresión del caos. He aquí uno de los aspectos que más se critica a la llamada racionalidad moderna: su arrogancia que le impide asumir la complejidad del caos. Hay mucha literatura sobre la teoría del caos, la mayor parte de ella venida de ciencias “duras” como la física, pero para efectos de problemas propios de las ciencias humanas y sociales recomiendo encarecidamente el trabajo de Georges Balandier. *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Barcelona, Gedisa Editorial, 1999.

constantemente el comportamiento de los individuos en determinado sentido. Y las tradiciones, como los mitos, no necesitan explicaciones, les basta verificarse en los rituales.

La comunicación abarca no sólo al lenguaje, sino también a los medios que soportan y conducen ese lenguaje, y los sistemas y organizaciones que lo regulan, lo convencionalizan y lo hacen mucho o poco eficiente para llevar a los individuos a comprender, explicar y organizar la siempre compleja realidad. Es éste el enfoque teórico que considero más útil a la línea de la historia de la comunicación.

Y en efecto, así como North se esfuerza en proponer una teoría del cambio histórico a partir del estudio de las instituciones económicas a lo largo de las distintas épocas más notables, del mismo modo, los historiadores de la comunicación intentan otro tanto desde el enfoque de los sistemas comunicacionales de que disponen las diferentes sociedades en un momento determinado. Me atrae incluso la rica posibilidad de esta línea no sólo para explicar los “cambios”, sino también para evaluar la “resistencia al cambio”, o más extremo, para entender el porqué de los “no-cambios”.

Es por ello que las premisas teóricas que orientan mi perspectiva de la historia de la comunicación no se supeditan a la connotación económica, que a simple vista puede detectarse en la avanzada comunicacional, reduciendo el concepto comunicación, como se suele hacer, a su dimensión tecnológica. La aparición del lenguaje parte en dos la historia de la humanidad. La historia de la civilización depende de las estructuras del lenguaje y la comunicación. En primer lugar para poder explicar ese pasado desde el presente, y luego para explicar en el presente ese pasado con las herramientas conceptuales de ese pasado transfiriéndolas a las herramientas conceptuales del presente. Parece un trabalenguas.

Sin renunciar a su simplicidad inicial, ni a poderosos elementos de tradición que de algún modo conservan, los múltiples dialectos y formas de lenguaje evolucionan hasta la adopción de los sofisticados sistemas de comunicación que lo hacen más efectivo, extensivo, acumulativo, masivo y cotidiano para construir los grandes sistemas de ideas que los hombres se hacen frente al mundo.

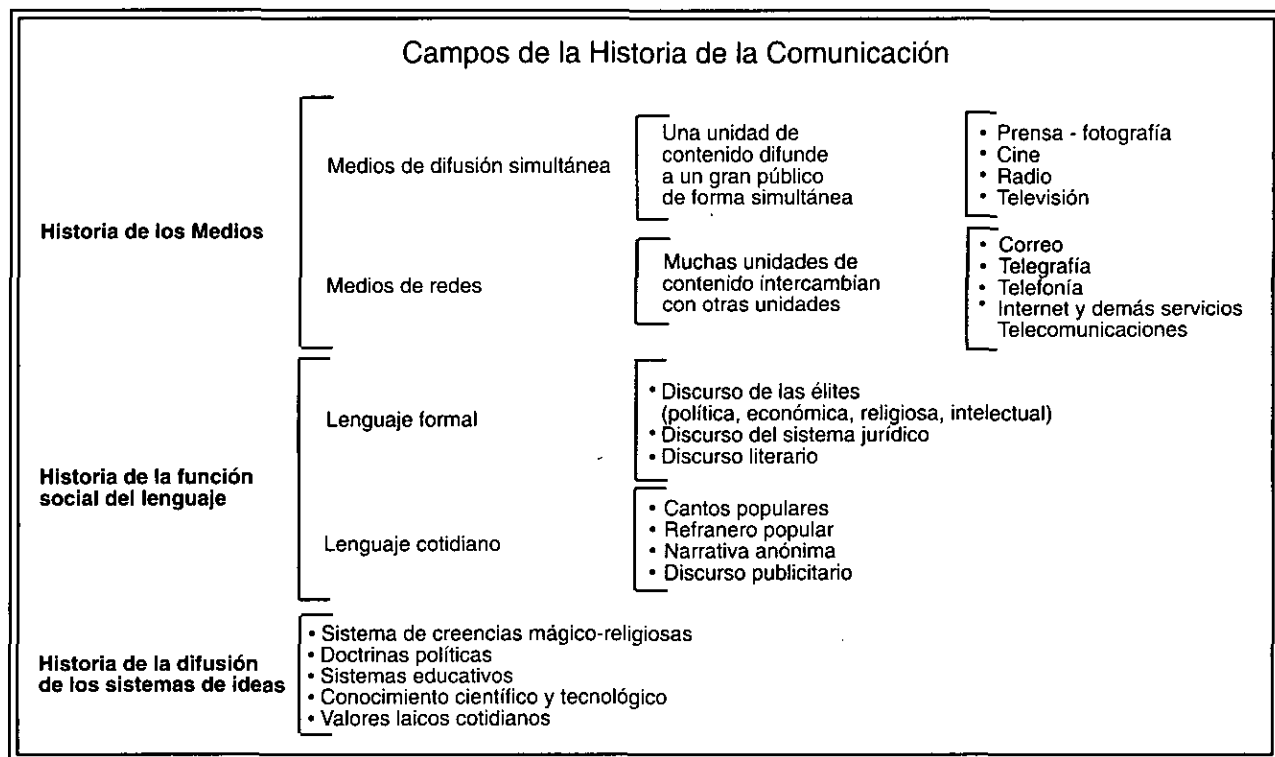
La continua evolución y expansión de la comunicación rompe, con su avance, barreras aislacionistas de la sociedad humana dispersa por el planeta, en un largo proceso que ahora llamamos “globalización”, dada la extraordinaria velocidad con que la tecnología posibilita los intercambios comunicacionales. Es el caso de la barrera del alfabetismo o la pobreza léxica o los impedimentos físicos que restringían la comunicación como bien accesible al mayor número de individuos de una sociedad. Esta idea requiere indagar, no sólo sobre los medios o canales, sino también sobre los “usos sociales del lenguaje”<sup>6</sup>, usos que evolucionan junto a los impactos de autoría científica y tecnológica sobre las estructuras, generalmente rígidas, de las diversas formas sociales. Así como también la manera como se difunden los sistemas ideológicos contruidos sobre la base de la tradición civilizatoria.

Estos argumentos permiten justificar una línea de investigación histórica especializada en la temática de la comunicación, que trascienda la mera biografía tecnológica. Una línea con terreno fértil en tres grandes campos: uno, el campo de la historia de los medios; dos, el campo de la historia de la función social del lenguaje; y tres, el campo de la historia de la difusión de los sistemas de ideas. Son campos autónomos pero inseparables. Ver diagrama anexo “Campos de la Historia de la Comunicación”.

## ALGUNOS ENFOQUES DE LA HISTORIA DE LA COMUNICACIÓN

El enfoque de los historiadores económicos: el modelo de Douglass North  
Con base en la nutrida tradición de la historiografía económica universal, toca armar las piezas en un “rompecabezas” de mayor conjunto. Es esa la percepción confesa de North al decir que su obra es el producto elaborado sobre la “materia prima” aportada por una legión de historiadores especializados; gracias a ello se libró el tiempo necesario para pen-

6 Peter Burke. *Hablar y llamar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*. Gedisa Editorial, Barcelona, 1996. Hay también otros esclarecedores estudios sobre la historia del lenguaje, uno de los cuales recomiendo notablemente, aunque su intención no sea exclusivamente histórica, como el caso de Eulalio Ferrer. *El lenguaje de la publicidad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994, especialmente de sus capítulos I, II, IV y VI.



sar sobre modelos más complejos y construir opciones teóricas capaces de ofrecer explicaciones a los sucesos del presente, posibilitando en consecuencia aumentar las bases sobre las cuales se apoyan las expectativas razonables de futuro. Ello quiere decir, utilizando conceptos ya aludidos arriba, para enfrentar con mayor probabilidad de éxito las “contingencias” teóricas del presente.

North supera las fronteras que consideramos tradicionalmente económicas, proponiendo una teoría de la ideología, que a su juicio, han evitado tratar las teorías económicas conocidas. Para North, el comportamiento económico de los individuos en una sociedad determinada obedece a dos pautas: una es la ideología, que suele entenderse como conjunto de creencias, valores, certezas. Pero en el esquema norhtiano se define ideología como el mecanismo economizador que facilita a los individuos la toma de decisiones. Así, una ideología poderosa inclinaría a las personas a optar por un comportamiento que se revele como garantía de su bienestar individual y social.

La segunda pauta, la llama el autor “efecto del gorrón”, definido como el comportamiento oportunista que poseen todos los individuos y que les

lleva a conducirse de acuerdo con la relación costo-beneficio. En otras palabras, se trata de la conducta básica de la supervivencia llevada al contexto civilizatorio, sea cual fuere el lugar en la historia en que determinada sociedad la haya decidido.

Ambas fuerzas son opuestas. La misión de las ideologías estriba en superar el problema del gorrón, y más bien estimular la conducta altruista. Una sociedad totalmente “gorrona” es insostenible económicamente, puesto que al actuar los individuos conforme a su estricta conveniencia individual, se originaría una excesiva frecuencia del fraude a grado tal que ningún Estado (o institución que haga las veces de tal) podría actuar y reprimir en semejante escenario sin verse rebasado en capacidad. En consecuencia, es preciso que los individuos actúen de acuerdo con un sistema de convenimientos, que son expresiones concretas de la ideología.

En la medida en que una ideología tenga éxito (convenza al mayor número de individuos de comportarse de acuerdo con un sistema viable y equilibrado), en esa medida la sociedad se hace menos costosa (bajo costo del Estado para reprimir el fraude, rebeliones, guerras externas, etc.) y por tanto



puede ofrecer la mayor cantidad de equilibrio y certeza en las expectativas de vida, liberando riqueza adicional para la consolidación de las instituciones y la expansión de los bienes sociales.

Si por el contrario, la ideología entra en crisis, esto es, cuando los individuos no constatan relación directa entre sus postulados y la realidad, pueden ocurrir, al menos, dos opciones: una, que la ideología en crisis cambie progresivamente a otra ideología competidora (sea rival opuesta, sea rival complementaria, u otro caso), opción que explicaría buena parte de los cambios económicos en la historia; y dos, que los individuos abandonen la ideología para ceder al comportamiento oportunista, su conducta individual colectiva. Y en este escenario, los cambios tendrán que esperar un nuevo orden, una nueva ideología, si se logra superar semejante estado de caos que es la quiebra de las ideologías.

North, estudia una multitud de casos en su obra citada, y aplicando el método de la *falsación* que propone Karl Popper, encuentra que su modelo produce poca resistencia a sus explicaciones. Incluso, se ha dedicado, en otros escritos<sup>7</sup>, a proponer explicaciones a problemas de actualidad, de mucha influencia en el actual estado del arte del pensamiento económico mundial.

Esta propuesta teórica permite poner a los sistemas ideológicos en conexión con la estructura simbólica de una formación social. Las ideologías se hacen visibles y operan como una estructura de símbolos: las tradiciones, como fuerza de costumbres transmitidas de generación en generación; los ritos, que otorgan sentido de institución a las creencias; las modas, que construyen y deconstruyen las nociones de la estética y los estilos de comportamiento social.

El enfoque permite superar los límites restringidos, pongamos por caso, del tema de la telegrafía como tecnología de la comunicación para ubicarla dentro de un "sistema", y este sistema operando dentro de un conjunto de escenarios integrados de nuestra comunidad en particular, que existe, se organiza, cambia o se resiste al cambio gracias a un orden, a un conjunto de valores, a una mayor o menor disposición de incorporar para sí ideas, tecnologías y alternativas de progreso.

Por ejemplo, esta ruta me condujo a nuestro sistema de patentes (venezolano) durante la segunda mitad del siglo XIX, encontrándome con un enorme esfuerzo nacional por actualizar nuestros procesos productivos industriales. Al contrario de otros países, el desarrollo telegráfico de Venezuela contó con una casi total participación de recursos humanos y capital nacional, incluso con experiencia de innovación, reduciéndose de este modo nuestra dependencia foránea respecto de esa tecnología. Y así otros muchos casos, que me permiten detectar un déficit en nuestra historiografía, no para renegar de ésta, sino para caer en la cuenta de que son necesarios los nuevos enfoques que otorguen relevancia a "detalles" desapercibidos por nuestro imaginario histórico tradicional.

#### La perspectiva de los historiadores del lenguaje: el modelo Burke

Es preciso aclarar, a menos que quiera pecar de excesivo en darle todo el crédito a Peter Burke, de los enormes avances de la lingüística en el siglo XX, antecedidos por la fabulosa herencia exquisitamente conservada de la filología, gracias a los cuales se cuenta con ofertas analíticas en la ciencia del lenguaje. Me ocurrió la fortuna de involucrarme con esta difícil disciplina (la lingüística) durante mi pregrado universitario, con resultados satisfactorios. Hayden White<sup>8</sup> terminó por convencerme de que bien vale la pena asumir los riesgos de tan compleja ruta. Pero ocurre que Burke, en su empeño por explicar la experiencia histórica del latín como lengua, expone un modelo muy sencillo.

Propone en primer lugar, que diferentes grupos sociales usan variedades de lenguas. Esto no sólo implica la existencia de idiomas y de sus sincretismos, dialectos y localismos, sino formas del mismo idioma que son usados por grupos sociales dentro de una misma unidad sea nacional, regional o local. Estas distinciones del lenguaje identifican clases sociales, grupos culturales, grupos de ideas, grupos étnicos, etc.

7 Douglass North y Roger LeRoy Miller. *El análisis económico de la usura, el crimen, la pobreza, etc.*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

8 Del cual recomiendo encarecidamente Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

El segundo punto del modelo dice: los mismos individuos de un grupo emplean distintas formas de lenguas de acuerdo con las situaciones sociales que se les presenten. Así, la lengua es capaz de permitir a los individuos transitar escenarios sociales que requieren de un determinado estilo lingüístico para activar los mecanismos de aceptación social.

El tercer argumento propone que la lengua refleja a la sociedad o cultura que la usa. El lenguaje no sólo tiene el fin de comunicar a los individuos entre sí, sino además servir de base para la construcción de sistemas de representación e identidad, que cumple funciones meta significativas e influye sobremanera en los comportamientos.

Y por último: la lengua modela la sociedad o cultura que la usa. Es decir, el punto anterior no significa que el modelo de construcción simbólica se encuentra cerrado. Al interactuar los individuos pueden adquirir nuevas herramientas conceptuales y simbólicas de construcción de la realidad, reorientando su comportamiento y alterando, en consecuencia la estructura de la lengua en cuestión.

Este esquema resulta útil cuando estudiamos épocas donde convergen, se encuentran y desencuentran gran cantidad de sistemas discursivos, en un escenario altamente competitivo por imponer criterios, pautas de comportamiento, expectativas de vida y estados de ánimo, o en suma, lo que podríamos llamar una "simbología de sentido". Por ejemplo, la época iniciada por la Revolución Industrial y la Revolución Liberal (que tiene en la Independencia de Estados Unidos y Revolución Francesa sus más destacados principios) es una época de mucho ruido, donde gran cantidad de actividades, clases sociales, dogmas laicos y religiosos, etc. hasta entonces indispensables, se hacían obsoletos y sucumbían ante la aparición de modernos procedimientos. Una época de choque entre la certidumbre de una idea del mundo, cuyo paisaje no difería demasiado del de cientos de años atrás, y la incertidumbre de una promesa de progreso y tecnología por venir.

**La lengua refleja a la sociedad o cultura que la usa. El lenguaje no sólo tiene el fin de comunicar a los individuos entre sí, sino además servir de base para la construcción de sistemas de representación e identidad, que cumple funciones meta significativas e influye sobremanera en los comportamientos.**

Entonces, las tecnologías telecomunicacionales como el telégrafo y el teléfono se ofrecieron eficientes para romper con una de las grandes limitaciones de la comunicación: el analfabetismo. No era necesario saber leer y escribir para enviar un telegrama (bastaba dictarle al telegrafista), amén de la condición oral del teléfono. Estas modalidades de comunicarse, sin engorrosos alfabetos que aprender ni complicados discursos que comprender, se verían potenciadas en la medida en que las barreras de precios bajaban de acuerdo con los ciclos tecnológicos de innovación, y hacían accesibles estas poderosas tecnologías a un número cada vez mayor de población.

De modo que aumentaba progresivamente la cantidad de individuos que se conectaban a grandes distancias, antes invencibles. Una revolución no sólo de tiempo, que nadie soñó según Mires, sino de expansión del universo comunicacional, excesivamente local de los individuos promedio de la época de irrupción de las telecomunicaciones. Y a partir de allí, nuevas modalidades de uso de la lengua, tal como propone el modelo Burke.

Pero además, la complementariedad del sistema de medios, por ejemplo la convergencia "telégrafo-prensa", dieron como resultado un nuevo estilo de estructurar los periódicos, dando paso a la redacción periodística de nuestros tiempos, caracterizada por la "economía de lenguaje" que patentara inicialmente el discurso telegráfico. Suponemos que este criterio debió facilitar el derrumbe de las barreras alfabéticas, que hacía de la lectura de la prensa un privilegio reservado sólo a "versados" en los complicados y exquisitos estilos lingüísticos que podemos observar en cualquier modesto periódico del siglo XIX. Estas y otras hipótesis se pondrían a prueba en este campo de la historia de la comunicación.

## La búsqueda de los historiadores de la ciencia y la tecnología: la referencia Headrick

Es esta una rica fuente de inspiración, pues nada más fascinante que conocer el origen, desarrollo y consolidación de las tecnologías y de la evolución del pensamiento científico. La historiografía mundial es considerable. Basta trepar por Internet a través de los buscadores especializados con, por ejemplo, la *palabra clave* “historia de la comunicación” para toparse con abundante literatura, desde historias particulares de las empresas de comunicación tradicionales hasta con toda la variedad del arsenal tecnológico con el que han evolucionado hasta nuestros días los medios.

En nuestros países de América Latina no tuvimos prominentes inventores, pero si vivimos intensamente las tecnologías, incluso nos reapropiamos de ella, modificándolas, tal como lo prueba, en el caso venezolano, el registro de patentes de finales y principios de los siglos XIX y XX. Para nuestro caso regional, se trata de la historia de la llegada de las tecnologías, su impacto económico y social, su poder como vector de cambio, entre otros aspectos de interés que pueden inferirse de las explicaciones en párrafos anteriores. Es imprescindible recuperar ese territorio de nuestro pasado.

El enfoque de Daniel Headrick, en su *The tools of empire* nos ahorra mucho esfuerzo. Headrick traza, en la medida en que narra algún argumento central de su historia, por ejemplo, el caso de la expansión telegráfica en la India, verdaderos mapas explicativos, al tejer dicho evento tecnológico con una gran cantidad de acontecimientos, que a simple vista no parecen guardar relación. La palabra clave es la misma que vienen aplicando recientemente algunos historiadores de la tecnología: “relaciones”, pero este autor se encarga de no excluir vectores políticos, económicos, sociales y culturales, con impresionante sencillez. Una verdadera referencia a seguir. Headrick no ofrece un esquema metodológico propiamente, tal como ocurre con los demás autores citados. Por el contrario, su discurso aparenta de entrada un *pandemonium* temá-

tico. Pero en la medida en que nos familiarizamos con su texto, pueden encontrarse diversos métodos, semejantes a una “geometría fractal”, hallando un patrón en la irregularidad de la geometría de la naturaleza tecnológica y su correlación social. Tejer eventos aleatorios, encontrar relaciones causa—efecto, articular escenarios compartidos, utilizar lo que me gusta llamar el método del rompecabezas: un evento tecnológico aislado espera pacientemente sin saberlo otro similar, y otro y otro, hasta producir una revolución, primero en el área inmediata donde nace y se aplica, y después, ampliando su influencia hacia el resto del sistema.

## A MANERA DE CONCLUSIÓN

He esbozado algunas aristas que intentan enriquecer la línea de la historia de la comunicación en aras de superar su estado actual, que comparo con un museo de tecnología. Por el contrario pienso, como lo intento demostrar en este ensayo, que las rutas de esta línea conducen hacia reflexiones teóricas de envergadura, con gran capacidad de responder cuestiones importantes y pendientes de nuestro presente. No es sino ese, el sentido último de la historia.

## BIBLIOGRAFÍA

- Balandier, Georges, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Gedisa Editorial, Barcelona, 1999.
- Burke, Peter, *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Gedisa Editorial, Barcelona, 1996.
- Ferrer, Eulalio, *El lenguaje de la publicidad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- Herrera, Bernardino, *La expansión telegráfica en Venezuela*, Fondo Editorial del Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación, Caracas, 2001.
- Mires, Fernando, *Las revoluciones que nadie soñó. O la otra modernidad*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1996.
- North, Douglass y LeRoy Miller, Roger, *El análisis económico de la usura, el crimen, la pobreza, etc.*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
- North, Douglass, *Estructura y cambio en la historia económica*, Alianza Editorial, Caracas, 1984.
- White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.